

La democracia difícil: neopopulismo y antipolítica en Ecuador

Tough democracy: neopopulism and antipolitics in Ecuador

Julio Echeverría

Dr. Ciencias Políticas, Universidad de Trento. Profesor de la Escuela de Sociología, UCE.*

Email: jechever@uio.satnet.net

Fecha de recepción: diciembre 2006

Fecha de aceptación y versión final: diciembre 2006

Resumen

El artículo analiza la confluencia entre antipolítica y populismo en la última coyuntura electoral en el Ecuador. Se discute el concepto de neopopulismo para describir nuevas lógicas de intermediación entre electores y ofertas políticas que no calzan en el concepto tradicional de populismo. Se analizan los cambios experimentados en el sistema de partidos por efecto de la emergencia del fenómeno antipolítico. Finalmente, se delinean posibles escenarios para la coyuntura post-electoral, en el contexto de la demanda de reforma política que permanece pendiente desde la revuelta de abril de 2005.

Palabras clave: Democracia, partidos políticos, populismo, neopopulismo, antipolítico, Ecuador

Abstract

The article analyzes the confluence of antipolitics and populism in the last electoral process in Ecuador. The neopopulism concept is discussed to describe new logics of intermediation between voters and politicians -that do not fit into the traditional concept of populism. The changes in the political parties, an effect of the emergency of the antipolitical phenomenon, are also analyzed. Finally, the article draws possible post-electoral scenarios, in the context of the demand of political reform that remains pending since April of 2005.

Keywords:

Democracy, political parties, populism, neopopulism, antipolitics, Ecuador

* Autor de *La Democracia Bloqueada* (1997) y *El Desafío Constitucional* (2006).

Durante los años 1970s, se argumentaba que la modernización del sistema político que estuvo detrás del retorno al régimen democrático en Ecuador relegaría al populismo y a sus expresiones a reliquias del pasado. Esta proyección estratégica de la reforma no se ha realizado: el sistema de partidos que emergió de ese diseño institucional en alguna medida colapsó, y las elecciones de octubre de 2006 muestran más bien el fortalecimiento de expresiones políticas autoritarias y populistas.

Las propuestas, estilos políticos y resultados de estas elecciones dejan planteados algunos interrogantes de cuya respuesta dependerá en mucho el devenir de la política futura en el Ecuador. ¿Estamos frente a la aparición de nuevas lógicas de intermediación entre electores y ofertas políticas que permiten hablar del surgimiento de formas neopopulistas innovadoras frente al tradicional fenómeno populista? La caída de adhesiones electorales hacia los partidos mayoritarios que emergieron del proceso de retorno a la democracia de los años 70, y el apareamiento de nuevas fuerzas políticas ¿permite hablar de un cambio de ese sistema de partidos? ¿Antipolítica y neopopulismo son dos fenómenos distintos, o dos aspectos de una forma de producir política que se combinan y alimentan recíprocamente?

La conexión entre antipolítica y populismo

El carácter de los enfrentamientos proselitistas en las elecciones presidenciales del 2006 puede interpretarse como resultado de la conexión entre antipolítica y populismo. La antipolítica emerge como respuesta a la crisis de representación, pero su intervención agudiza la descomposición institucional; pretende sustituir a la representación por la expresión directa de demandas y preferencias, sin pasar

por la lógica del procesamiento selectivo que supone el funcionamiento del sistema de partidos. Al hacerlo, genera el espacio para la emergencia de formas neopopulistas, que presentan características de innovación frente a las formas de intermediación propias del populismo tradicional.

La antipolítica irrumpe con fuerza en los años 80 y 90 del siglo pasado, aparece como crítica a la ineficacia y corrupción de la política tradicional: la lógica tortuosa y de bloqueo decisional de los partidos y la ineficacia y corrupción de la burocracia pública, fenómenos a los cuales opone, las virtudes de la gestión tecnocrática, de las lógicas empresariales privadas, la espontaneidad y moralidad de la "sociedad civil", el valor de los independientes o *outsiders*, formas que aparecen como legítimas en cuanto se demuestran autónomas o independientes de los vínculos puestos por los políticos y por las instituciones de la representación, partidos y parlamento (Cfr. Mastropaolo 2000 y Echeverría 2004).

El neopopulismo emerge con connotaciones de mayor espesor institucional en las elecciones de octubre del 2006, en el terreno abonado por la antipolítica; su aparición revela el carácter de la crisis institucional en el Ecuador.

La conceptualización tanto del neopopulismo como de la antipolítica no se reduce a la descripción de los rasgos personalistas del accionar político, sino que remite a construcciones semánticas que articulan las posturas programáticas y las líneas de acción de los contendientes del proceso político, las cuales pueden devenir en verdaderas estructuras de régimen y de sistema político.¹

El neopopulismo retoma elementos del populismo clásico: el "pueblo" aparece como connotado de "virtudes morales puras y simples", dotado de un "saber o razón última" a

¹ En qué medida estas construcciones discursivas puedan derivar en la conformación de verdaderos regímenes políticos, será materia de verificación hipotética ulterior.

la cual se remite la política y que está más allá de la artificialidad propia de la lógica conceptual o intelectualista de la “política formal”. Apela a una razón intuitiva que deriva en acción emocional, en adscripción incondicional a un líder que encarna las virtudes del “pueblo”. El populismo reduce la diferenciada pluralidad de lo social a la lógica de la unidad expresada en la categoría de “pueblo”, una construcción de universalidad en la que se substituye la elaboración programática deliberativa por mecanismos afectivos de adscripción emotiva de las masas con el líder.

A diferencia del populismo clásico, el neopopulismo opone el pueblo no ya a la oligarquía, sino a la institucionalidad de la representación y a su caricatura bajo la forma de la *partidocracia*. En cuanto forma de la modernización, el populismo incorporó a las masas excluidas a la política, antes territorio privativo de las oligarquías. El neopopulismo declina su proyección inclusionaria y la sustituye por una lógica de trasgresión y subversión institucional; se sirve entonces de la antipolítica y de su lógica de erosión de la institucionalidad. La universalidad que construye el neopopulismo es substitutiva de la “universalidad de la forma partido”; aparece como alternativa al fracaso de su lógica deliberativa de construcción decisional, a su incapacidad de intermediar o canalizar demandas cada vez más diferenciadas. Al decaer el partido como “forma organizacional”, el neopopulismo tiende a desconocer la “función de la representación” como agregación/selección deliberativa de demandas y proyecciones de realización en la construcción decisional. En esta dirección, neopopulismo y antipolítica se retroalimentan. El neo-populismo apela a la política como acto demiúrgico y no como proceso de transformación, por tanto como acción constitutiva y no derivativa; como trasgresión de la que emerge un nuevo orden sin que éste haya sido prefigurado por ninguna razón programática; no como institucionalidad que go-

bierna un proceso, sino como acto que da cauce a un nuevo orden (cfr. Laclau 2006:283). El neopopulismo apela a símbolos movilizados con capacidad de integrar la multiplicidad de actores, demandas e identidades; el símbolo sustituye la lógica selectiva propia de la representación por otra de tipo agregativo, una lógica indiscriminada del tipo atrapa todo o *catch-all*.

El hecho paradigmático de la conexión entre antipolítica y neopopulismo en el Ecuador nos remite a la revuelta forajida de abril del 2005, y al fracaso de ésta en su intento por traducir las demandas del movimiento en efectivas reformas del sistema político. La incapacidad de impulsar la reforma política tanto desde las fuerzas ciudadanas como desde el Ejecutivo y los partidos se constituyó en el telón de fondo en el cual se realizaron las elecciones de octubre.

Primera vuelta: la reforma política como expediente electoral

En el contexto reseñado, el tema de la reforma política se convirtió en el eje sobre el cual giró la campaña electoral en su primera fase, y se constituyó en el referente discursivo sobre el cual se definieron los resultados electorales. Tanto Rafael Correa, líder de la nueva organización Alianza País (AP), creada para enfrentar el proceso electoral, como León Roldós, expresión de la alianza entre Red Ética y Democracia (RED), su novel organización creada con igual fin, y el partido Izquierda Democrática (ID), expresión del ala social-demócrata del tradicional sistema de partidos, hicieron de la reforma política su principal campo de enfrentamiento. Estimulados por la lógica video-política fomentada por los medios, redujeron la complejidad del tema a pocas fórmulas de impacto emocional con las cuales se proyectaron a la captura del voto de los electores.

El escenario montado por los medios reafirmó la línea antipolítica. El registro discursivo que impulsaron algunos de los principales medios de comunicación se caracterizó por una operación de severo juzgamiento moral a la función de la representación política. El escenario que generaron se asemejaba a un ring en el cual todos los actores políticos competían por aparecer como actores “puros” de cualquier connotación política. Es desde este campo que se formuló el slogan de la *anti-partidocracia*, un eje discursivo que condicionaba a que todos los candidatos se cuidaran de presentarse como políticos, un registro que ya se ensayó en elecciones pasadas y que condujo a que los candidatos prefirieran mostrar sus mejores dotes histriónicas, su afabilidad, su “cercanía al pueblo”, al cual se caracterizó como compuesto de una multiplicidad de actores carentes, a quienes se ofrece todo tipo de solución. En esta construcción mediática, el pueblo aparece como un objeto puro, hecho de virtudes simples, connotado de una moral incontaminable y positiva, un pueblo engañado por los políticos y presto a entregarse a líderes que, como él, son puros e incontaminados.² La antipolítica aparece

como descrédito de la institucionalidad representativa, el populismo como exaltación de las “virtudes elementales del pueblo”.

Probablemente a esta construcción simplista y elemental se debió el hecho de que todas las propuestas de los candidatos no refirieran a los contenidos efectivos de la reforma política, los cuales seguramente nunca fueron pensados ni concebidos en su real dimensión, sino a los procedimientos que la viabilizaran. Fue en este campo donde se decidió uno de los enfrentamientos centrales de la primera vuelta; la postura maximalista de Correa que promovía la convocatoria a una Asamblea Constituyente con plenos poderes, desarmó virtualmente a la propuesta de Roldós, la cual divagó en el procedimentalismo de su convocatoria (consulta popular que seleccione temas prioritarios a ser procesados por el Congreso entrante o, en su defecto, convocatoria a una Asamblea Constituyente). La alianza de este último con un partido comprometido con la “vieja partidocracia”, fue suficiente para desbaratar la estrategia de Roldós y relegarlo a un cuarto puesto de las preferencias electorales.

Pero mientras esta línea de enfrentamientos en el campo de la centroizquierda se resolvía a favor de Correa, otra línea de conflicto se venía configurando, solamente que permanecía oculta por el registro discursivo de la reforma política: era la línea que oponía a Correa y su organización Alianza País con las fuerzas neopopulistas del PRIAN, partido de Álvaro Noboa, y del Partido Sociedad Patriótica, partido de los hermanos Gutiérrez. Es entonces cuando emerge la verdadera confrontación entre antipolítica y populismo, una confrontación que se instala como regis-

2 El registro discursivo de referencia en esta construcción mediática es el de la anticorrupción, la cual aparece como arma afilada para arremeter contra la política y los políticos, a los cuales se denigra por su responsabilidad en la degeneración de la vida pública. En esta construcción semántica, la corrupción aparece como degeneración moral y no como efecto- causa de la des-institucionalización generalizada. Una construcción semántica que es administrada y explotada por el poder mediático, el cual aparece como abandonado de la democracia, entendida a su vez de manera simplista, reducida a la caricatura de la participación sin cortapisas, de su horizontalidad. El pueblo como encarnación del bien, como depositario de la sabiduría a la cual hay que acudir, cuya voz hay que escuchar. Los medios y sus altoparlantes o conductores de opinión como los sacerdotes del culto democrático, aquellos que conducen la aparición en la escena, los que juzgan y sancionan las virtudes de los candidatos que desfilan por los sets televisivos y por las cabinas de la radio. Todos expuestos al ardid de las encuestas de

opinión que registran con precisión estadística la calificación implacable de ese pueblo sujeto a sondeos semanales. Sobre la función de los medios y el papel de los sondeos de opinión en los procesos electorales, véase la ya clásica aproximación al tema presentada por G. Sartori (1998).

tro dominante al finalizar la primera vuelta electoral y cuya articulación compleja acontecerá durante la segunda vuelta. Una línea de atracción-repulsión entre antipolítica y populismo que luego se afirmará como una perfecta equivalencia funcional. La antipolítica despeja el campo para la emergencia de la oferta populista. El populismo emerge aquí como apelación directa al pueblo, sin la intermediación representativa de los partidos, y aparece bajo dos versiones: a) la de la oferta clientelar y demagógica dirigida a dar respuesta a las carencias de una población que bordea los límites de la supervivencia (“ofrezco construir 300.000 viviendas al año”, A. Noboa); o b) como operación demiúrgica de refundación institucional bajo la idea de una “Asamblea Constituyente con Plenos Poderes” (“ofrezco barrer con la *partidocracia* corrupta”, R. Correa).

Los perfiles diferenciadores entre antipolítica y neopopulismo casi se confunden al analizar el carácter de las dos propuestas discursivas; sin embargo, el énfasis antipolítico caracteriza con más precisión a la línea de Correa, mientras la postura de Noboa reactualiza una expresión de populismo arcaico de corte religioso³. El ritual de la oferta populista en Noboa es funcional a su estrategia de copamiento institucional de la legislatura, cuyo desmantelamiento resultaba de la operación antipolítica.

3 Álvaro Noboa apela en sus presentaciones públicas a una visión religiosa *descendente* en su concepción del poder: aparece como intermediario entre el pueblo y la divinidad, como aquel que se dirige al cielo para transmitir las plegarias y los deseos de su pueblo, y al cual regresa con dádivas y limosnas. Sus ofertas de política pública aparecen como obras extraordinarias dirigidas a satisfacer las carencias más inmediatas y elementales del pueblo. El carácter arcaico de su apelación populista radica en que replantea el mecanismo de legitimación del poder. Si el populismo clásico apela a la voluntad del pueblo como referente de legitimidad alternativo al de la “legitimidad por gracia divina”, el populismo arcaico de Noboa postula una radical regresión semántica y discursiva.

El nexo antipolítica-populismo funcionó de otra manera en el caso de Rafael Correa y su organización Alianza País. A pesar de la alta formación profesional del líder como de la de su equipo cercano de campaña, y quizás por un excesivo sesgo economicista, la orientación de la campaña no logró identificar con claridad el fenómeno antipolítico y se convirtió en uno de sus principales impulsores. La propuesta refundacional de la Asamblea Constituyente con plenos poderes profundiza la línea antipolítica de impugnación a la representación; el llamado a la anulación del voto para la elección de diputados que apareció exitosa en la acumulación de adhesiones para la elección de Presidente en la primera vuelta, generó en cambio un efecto de vaciamiento de poder de estas fuerzas en la integración del Congreso. Correa se volvió el abanderado de la anti-partidocracia sin percibir que esa línea reforzaba el registro antipolítico del cual usufructuaban y medraban las fuerzas populistas emergentes, el PRIAN y el PSP, sus principales opositores políticos. Alianza País logró barrer a la partidocracia del viejo piso institucional, pero preparó el terreno para la consolidación de estas nuevas fuerzas emergentes, de dudosa vocación democrática: el Partido Sociedad Patriótica, organización en la que la política democrática es substituida por la disciplina jerárquica de la lógica militar de la cual proviene, y el Partido Renovador Institucional Alianza Nacional, donde el líder hace las veces de gerente-propietario, y la opinión de las bases tiene el mismo peso que tendrían los obreros de una plantación bananera.

Segunda vuelta: triunfo de la antipolítica y el populismo

La dureza del enfrentamiento entre actores del espectro de centroizquierda no permitió advertir el avance de las nuevas fuerzas emer-

gentes en el campo de la derecha y del populismo. El resultado electoral de octubre del 2006 sorprendió a muchos, no solamente porque la victoria anunciada de Alianza País y de Correa no se produjo, sino porque junto a la victoria del PRIAN de Álvaro Noboa, apareció en tercer lugar y con una votación mayoritaria en 13 provincias del país el Partido Sociedad Patriótica liderado por Lucio Gutiérrez, ex-presidente defenestrado por el “Movimiento Forajido” de abril del 2005⁴.

La estrategia de Correa demostró gran capacidad de arrastre electoral porque hizo suya la demanda antipolítica que se venía reforzando desde los años 90, y que no pudo ser revertida por los intentos fracasados de reforma política desde abril del 2005. En ese entonces ya se produjo una peculiar transformación discursiva en el debate político. La demanda ciudadana de institucionalización frente al poder arbitrario de Gutiérrez, con la cual emergió el movimiento forajido, fue resignificada por el discurso refundacional, que recuperaba el sentido de la impugnación que durante los años 90 impulsó el activismo social liderado por el movimiento indígena. Una modificación discursiva que reapareció en la campaña electoral en la fórmula de la *anti-partidocracia*. El radicalismo de Rafael Correa y Alianza País es de signo opuesto al que impulsan el PRIAN y Sociedad Patriótica: se remite a las posturas de la izquierda de los años 60, de claro corte anti-institucional, que mira la transformación como un acto demiúrgico dirigido por un líder y un “grupo de escogidos” o vanguardia, que canaliza una amalgama de fuerzas populares hacia el cam-

bio total e inmediato no apenas éstos, líder y vanguardia, accedan al poder identificado con la jefatura del gobierno. Su concepto de democracia activa una visión asamblear y directa, de aguda desconfianza a toda lógica representativa y delegativa.

Arrasado el campo de la representación y copado por las nuevas fuerzas emergentes, el eje de las confrontaciones se ubica en un campo discursivo en el que se dirimen estrategias populistas. La estrategia de Correa necesariamente debía modificarse en la segunda vuelta; su programa maximalista cedió ante el pragmatismo de las ofertas de su contrincante; la propuesta de Asamblea con plenos poderes admitió la posibilidad de algún tipo de acotamiento temático previo, el cual podía construirse en la misma convocatoria a la eventual Asamblea Constituyente; la radical negativa a la negociación del TLC con los EEUU dejó abierta posibilidades de negociación; las ofertas puntuales calcaron el método impuesto por Noboa: también Correa acudió al ofrecimiento de viviendas y de incremento de subsidios, si bien en sus propuestas es reconocible una mayor dosis de racionalidad y de respeto a los vigentes mecanismos institucionales de la administración pública⁵.

4 Los resultados de las elecciones de octubre perfilan al PRIAN y al PSP como efectivos instrumentos de una agresiva estrategia de copamiento institucional. Los datos oficiales los confirman como organizaciones mayoritarias y representativas del conjunto de las provincias del país, con un bloque legislativo de 28 diputados en el caso del PRIAN y de 25 en el caso del PSP, de un cuerpo de 100 legisladores que integran el Congreso Nacional.

5 La deriva hacia el pragmatismo de las ofertas electorales que caracterizó a la segunda vuelta electoral, refleja la preeminencia de la oferta demagógica, la cual no se detiene a medir su efectiva viabilidad institucional y financiera. La propuesta de “construir 300.000 viviendas al año” impulsada por Noboa, si bien no puede resistir un elemental análisis de viabilidad financiera e institucional, es perfectamente congruente con su discurso populista arcaico de tintes religiosos; el impacto que logra en las masas es directamente proporcional al carácter “extraordinario” de su oferta y se asemeja más a la dádiva milagrosa que a una efectiva propuesta de política pública. En el caso de Correa, la composición antipolítica de su discurso es congruente con un modelo de democracia directa propia de las posturas insurreccionales de la izquierda de los años 60, poco atenta a la promoción y defensa de las instituciones de la democracia representativa; su propuesta de “Asamblea Constituyente con plenos poderes” en alguna medida acude también al carácter “extraor-

En este tema es quizá donde aparece con más claridad los efectos de la lógica populista: el populismo enfatiza el acceso al poder y se preocupa de la gestión de gobierno; las propuestas electorales tienen como horizonte la llegada al poder, no importa si luego las ofertas son realizables. En este caso, el populismo retroalimenta el desarreglo institucional propio de la antipolítica, al desbaratar cualquier racionalidad y corroer el piso de sustentación de lo que será la propuesta programática ya como mecanismo de gobierno. La necesidad de mantener las ofertas de campaña desarticula cualquier racionalidad de gobierno, lo que puede conducir a bruscas caídas de legitimidad, o en su defecto, a la instauración de mecanismos clientelares y autoritarios para la reproducción de lealtades políticas, donde el pueblo aparece como masa de maniobra útil para la reproducción del régimen populista.

Quiebre y recomposición del sistema de partidos

El futuro de la política ecuatoriana es incierto. El resultado electoral de noviembre preanuncia escenarios cargados de enorme complejidad. La lógica de gobierno aparece escindida y fragmentada en su articulación institucional. La composición mayoritaria de las fuerzas políticas que integran los órganos de poder, el Ejecutivo y el Legislativo, permite prever la configuración de duros enfrentamientos entre los actores políticos.

El resultado electoral nos revela la emergencia de nuevos actores políticos que apun-

tan a sustituir a las fuerzas que antes integraban el sistema de representaciones. Las fuerzas mayoritarias del sistema de partidos que ha hegemonizado durante los últimos 26 años de vigencia de la institucionalidad democrática están cediendo el paso a nuevas organizaciones, tanto en el campo de la derecha como de la izquierda. La radicalización de posturas que caracterizó al evento electoral condujo a un efecto de polarización en el cual casi desaparecen las posturas que se remitían al centro político y que en alguna medida aparecían como defensoras de la institucionalidad política creada a partir de la redemocratización de los años 70.

Emerge una nueva derecha populista, armada de una simplista visión de restricción y reducción de la intervención del Estado en el mercado y de apertura sin cortapisas hacia los mercados globales, que combina empresariado y religiosidad y que añade a estos ingredientes un radical alineamiento “anticomunista”, para oponerse, ya en la línea de la geopolítica latinoamericana, al eje Castro-Chávez-Evo Morales, al cual parecería adscribirse Rafael Correa y su organización Alianza País. A esta línea de reemplazo de la derecha tradicional, particularmente de la derecha socialcristiana, mediante la emergencia del PRIAN⁶, se añade la conformación de la otra fuerza que completa el espectro del neopopulismo, el Partido Sociedad Patriótica, el cual

dinario” de la oferta política, al generar la ilusión de una refundación del país a partir de los resultados que podrían derivarse de su integración y funcionamiento; también en este caso la recurrencia a los plenos poderes evoca la fórmula de la *plenaria potestas*, solamente explicable en el marco de las formas teológicas de legitimación del poder.

6 Si bien Noboa, en una línea antipolítica, incluyó en su discurso la crítica a la partidocracia (entendiendo por ello a los partidos tradicionales que emergieron de la redemocratización de los años 70, en particular a sus principales fuerzas PSC e ID), siempre basó su estrategia de acceso al poder en una operación de penetración en las estructuras institucionales, en particular en las representativas, a través de la creación de un nuevo partido formado entre los resquicios dejados por la vieja partidocracia. Ya en las elecciones de 2004, el PRIAN fue el partido que presentó la mayor cantidad de inscripción de listas a nivel nacional, gracias a la capacidad de inversión económica del Grupo Noboa, la más grande fracción del capital primario exportador de la economía ecuatoriana.

presenta también, bajo la figura de su "Presidente Vitalicio" (Lucio Gutiérrez), una línea semejante de copamiento territorial del poder, inspirado en una clara operación de estrategia militar.

En el lado opuesto aparece Alianza País con un perfil de claro corte antipolítico, formado en una línea de fuerte desconfianza al sistema de representaciones, contradictor radical del régimen de partidos frente al cual desató una arremetida frontal. Inspirado en la experiencia de lógicas participativas propias del activismo social y del movimentismo de los años 90, mantiene una estructura de movimiento, más que de partido; en la coyuntura electoral desdeñó la representación en el Congreso por identificarlo con la "partidocracia"; una medida que, como ya lo advertimos, permitió el reforzamiento de sus opositores neopopulistas en la legislatura.

¿Esta el Ecuador frente a una reconfiguración del sistema de partidos? ¿Es factible entrever la generalización de nuevas lógicas de intermediación entre masas y campo decisorial, que pudieran derivar hacia la configuración de estructuras de régimen de tipo neopopulista? El resultado electoral, tanto en la primera como en la segunda vuelta, premia a las posturas antipolíticas y neopopulistas. Sin embargo, entre estas fuerzas se instaura un escenario de duras confrontaciones que preanuncia una reedición de los conflictos y bloqueos entre ejecutivo y legislativo que caracterizaron al tradicional sistema político. La contundente victoria de Correa y de Alianza País en la segunda vuelta electoral aparece como un importante obstáculo a la deriva neopopulista a la cual parecía proyectarse el régimen político si la victoria hubiera sido del candidato Álvaro Noboa y de su partido el PRIAN. El escenario político permanece por tanto abierto, y la confrontación entre antipolítica y neopopulismo parecería configurarse como la que caracterizará a la coyuntura política en el plazo inmediato. Ambas fuerzas

apuntan a consolidar su presencia política y hacer del triunfo electoral su plataforma de crecimiento y desarrollo político. Para las fuerzas neopopulistas, la trinchera parlamentaria es el terreno para esa consolidación y la modalidad del chantaje al Ejecutivo puede ser el mejor mecanismo de esta estrategia. Esto ya se evidenció en la postura del PSP, que evitó desde un inicio pronunciarse por una adhesión a ninguna de las candidaturas finalistas en la segunda vuelta electoral.

La masiva votación hacia Correa y su organización Alianza País en la segunda vuelta electoral, podría favorecer una línea de duros enfrentamientos cuya no resolución, de no mediar la consecución de acuerdos, conduciría a una nueva coyuntura de desestabilización democrática que ponga nuevamente en riesgo el desarrollo político del país.

La posición del candidato triunfador Rafael Correa y su organización Alianza País aparece seriamente comprometida. La consigna de "Asamblea Constituyente con Plenos Poderes", y el llamado a "anular el voto" para la representación parlamentaria, en el entendido de que apenas en el poder se constituiría la Asamblea y los diputados elegidos para el Congreso serían destituidos por ésta, completó su línea antipolítica. No sólo no advirtió que el ataque a los partidos tradicionales y su debilitamiento, así como su renuncia a presentar candidatos a diputados, permitía trasladar vacíos de votación a sus oponentes, sino que, en el caso de un eventual triunfo de su candidatura, tendría nuevamente que lidiar con el procedimentalismo electivo e impedir el acceso a la eventual Asamblea no sólo a los actores pertenecientes a la vieja partidocracia, sino también a los nuevos actores emergentes.

El carácter de la postura política de Alianza País le conduce a una difícil disyuntiva: o asume el sendero de la confrontación con las nuevas fuerzas emergentes para impulsar las posturas más radicales de su programa político, o desarrolla una postura de

“reforma pactada” con las fuerzas parlamentarias que permita impulsar un programa de reformas acotadas y los elementos básicos de un programa reformista de gobierno. En el primer caso, estaríamos frente a la radicalización de su inicial postura de desconocimiento de la institucionalidad, lo que se traduciría en el intento de convocatoria a la Asamblea Constituyente por fuera de las instituciones y de los procedimientos previstos constitucionalmente. Una línea de ruptura que significaría la instauración de un escenario de agudas confrontaciones y de inestabilidad política que podría poner en riesgo nuevamente la continuidad del desarrollo político democrático del país.

La línea reformista supondría, en cambio, recorrer el complejo camino de reposicionar la propuesta programática sin que ello conduzca a alejarlo de sus bases de apoyo y sin que ello signifique, por tanto, una brusca caída de su legitimidad como actor de gobierno. En el adecuado manejo de estas dos

líneas, que parecen convivir en la coalición de Correa y que refleja su doble conformación como actor electoral y como actor de gobierno, parecería residir la posibilidad de su supervivencia política. Por otro lado, parecería ser también la única posibilidad de supervivencia del sistema democrático y de las instituciones del Estado de derecho en el Ecuador.

Bibliografía

- Mastropaolo, A., 2004, “Antipolítica, la mucca pazza della democrazia”, en *Meridiana, Rivista di Storia e Scienze Sociali*, Torino, noviembre.
- Echeverría, J., 2004, “La postpolítica y la antipolítica”, *Revista Tendencia*, Quito, Febrero.
- Laclau, E., 2006, *La razón populista*, FCE, México.
- Sartori, G., 1998, Homo Videns. *La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid.